

Juan Carlos Onetti

Juan Cruz

UN ESCRITOR TAMBIÉN EXISTE ANTES DE PONERSE A ESCRIBIR. SOBRE EL UMBRAL DE ESA PÁGINA SE ABRE ESTE APARTADO DE LA REVISTA, EN ESTE CASO CON ONETTI BAJO LA MIRADA DE JUAN CRUZ.

Conocí a Juan Carlos Onetti en Tenerife, le volví a ver en Las Palmas, con Juan Rulfo, y luego fui su vecino en Madrid; él vivía en la avenida de América, con Dolly, su mujer, y con su perra Biche, y yo vivía en la calle Padre Xifré, a la vuelta, donde también era vecino de Víctor Erice. Dos silenciosos, Onetti y Erice, juntos, o casi juntos, separados por un portal y por un enjambre de palomas y de gatos. Un día entró en mi apartamento –que era en realidad de Antonio Escohotado, especialista en drogas– una paloma, se quedó a vivir allí dentro, y un día, a trompicones, quiso salir de la vivienda, chocó contra un cristal y se quedó muerta. Cuando descubrimos el olor nauseabundo de la paloma el portero, seco, enjuto, otro silencioso, como Onetti y como Erice, y como Rulfo, vino a sacarla, para enterrarla. Se lo conté a Onetti, unos días más tarde. Se carcajeaba:

— ¡Se equivocó la paloma! ¿Ves? ¡Por fin es verdad lo que dice Alberti! ¡Se equivocó la paloma! ¿Y sabes qué te digo? Que esa paloma cometió suicidio.

Tenía un agudo sentido del humor; había venido a España, tras su choque con la dictadura uruguaya, que le persiguió hasta en sueños, atraído por la generosidad de dos personas –Luis Rosales y Félix Grande–, íntimamente relacionadas con *Cuadernos Hispanoamericanos*; Félix le paseó por todas partes, le consiguió dinero para subsistir, y le alimentaba también de libros y de noticias. Durante unos años soportó la vida cotidiana de la gran ciudad, pero un día, y esto no es sólo legendario, se cansó de la calle

y de la vida, y se sumió en el silencio y en la casa, en esta casa de la avenida de América, número 31. Y decidió vivir acostado, alejado del sonido y de la furia española.

Ahí Dolly le llevaba libros –que le conseguía en la librería La Chuca, que existía entonces en la calle Cartagena, contigua–; él los leía, los devoraba, y luego los devolvía a la velocidad de los gamos; leía de todo, o casi de todo, empezando por las novelas policiacas; descubrió a escritores españoles de los que se hizo muy pronto aficionado –Antonio Muñoz Molina, Julio Llamazares, a los que defendió de Camilo José Cela, que pasó a ser su bestia negra, o parda– y se nutrió de la información de los periódicos hasta extremos obsesivos; lo leía todo, estaba enterado de todo, y sin salir de casa.

Cuando le conocí bebía mucho, pero se mantenía en pie, quería estar entre los demás; poco a poco se fue hartando de la conversación y de la vida; siguió bebiendo, pero a solas; a veces bebía whisky, aguado, con agua Solán de Cabras; y cuando quiso retirarse de tanto alcohol cambió sus preferencias por el vino; bebía Cune Tercer Año, en vasos pequeños, que Dolly llenaba con ternura y con la frecuencia que él requería, que era mucha. Nunca lo vi borracho, jamás, y tampoco lo vi borracho en esos días en que coincidí con él en aquellas salidas, en Tenerife, en Las Palmas o en Madrid. En Las Palmas coincidió con Juan Rulfo, su amigo, en la época en que el escritor mexicano tomaba Coca Cola, porque se estaba quitando –provisionalmente– del alcohol; Onetti tomaba whisky aquel mediodía, tenía los ojos saltones, casi desorbitados, y miraba hacia adentro, como si tuviera una cuenta pendiente con las pesadillas.

Cuando le frecuenté más fue cuando me hice, además de su amigo, su editor. Me gustaba ir a su casa, a escucharle, a hablarle; una vez fui a entrevistarle con Dulce Chacón, mi amiga; fue una entrevista muy larga, en la que le sobresalió un colmillo, que le había retorcido Julio Cortázar: su colega argentino había tenido una agria, y desconsiderada, polémica con el peruano José María Arguedas, y Onetti no le perdonó al autor de *Los premios* esta frase que destrozó a Arguedas y que, según su exagerada consideración, le llevó al suicidio y a la tumba: «Usted toca la quena en

Perú y yo dirijo una orquesta en París». Especialistas en Arguedas, y en su vida, consideran que eso no desató la depresión del autor peruano, pero lo cierto es que Onetti lo creyó, y él también se fue a la tumba con esa interpretación de los hechos.

En esa conversación explicó Onetti también una anécdota famosa que le liga a Mario Vargas Llosa: dijo una vez, y esto sí era cierto, que él tenía con la literatura la misma relación que un amante tiene con las mujeres: libre, abierta, sincopada, mientras que Mario tenía una relación matrimonial: fija, formal, cotidiana.

Esta otra anécdota también es verdadera, pero no la contó Onetti, sino Ramón Chao, que la presencié mientras dirigía un equipo de la televisión francesa que estaba en el piso de la Avenida de América para hacer un documental sobre el autor de *Junta-cadáveres*. Una joven bellísima, integrante de ese equipo, miraba fijamente a Onetti y éste le espetó:

—Me mira usted fijamente porque ha descubierto que tengo tan solo un diente. Pues le advierto que yo tengo una dentadura perfecta, pero se la he prestado a Mario Vargas Llosa.

Estaba siempre en pie de guerra, o de humor; su disposición para la gracia —¡y para la vida!!—me recordaba la de E. M. Ciora. Según Fernando Savater, que tanto conoció, y tradujo, al ensayista rumano, éste era un hombre aficionado a la risa, a la comida y a las mujeres, pero en sus libros glorificada la tristeza y la melancolía, y maldecía la vida.

Onetti maldecía la vida en los libros, pero la amaba en la vida cotidiana; le encantaba que le contaras chismes, hablaba muy poco de sus libros, bebía con gusto cualquier bebida que fuera vino bueno o whisky razonablemente bueno, y no te daba la tabarra ni con lo que escribía ni con lo que leía. Consideraba que los escritores' eran bastante fatuos, y a esa fatuidad le ponía nombres y apellidos, y prefería estar con la Biche —que le mordía las canillas: por eso, decía, él no se levantaba de la cama— que en medio de una tertulia de letraheridos.

Cuando enfermó más gravemente le ayudé a entrar y salir de los hospitales; en ese tiempo de dolor, también, me sentí muy cerca de él, me resultaba un amigo, un tipo formidable, con un sentido del humor poco habitual, esencial, humano.

Escribía echado sobre el lado más oscuro de su cama, delante de una fotografía, recortada de un periódico, de Raymond Chandler, o quizá de Faulkner; para escribir se servía de agendas usadas, sobre las que deslizaba, casi sin tachaduras, su letra de altibajos, pero perfecta. Cuando terminó su último libro y me lo dio, en mano, sonrió y dijo:

—Ahora haz con él lo que suelen hacer los editores. Si no tienes papel higiénico, úsalo, a mi no me va a importar.

El libro se tituló *Cuando ya no importe*. Cuando salió yo sabía que él me había proporcionado una gran felicidad; editarle era quererle, verle era quererle. Un día me llamó:

—Juancito, ¿y los avisos?

Echaba de menos la publicidad —*los avisos*— sobre su libro. Era un hombre maravilloso, y a veces también tenía los pies en la tierra. Cuando aparecieron al fin los avisos llamó de nuevo:

—¿No estarás tirando el dinero, viejo?

Cuando murió yo estaba en Los Ángeles, muy lejos de la clínica de la calle de San Bernardo donde vivió sus últimas horas. Recuerdo mi congoja de entonces; salí a la calle, busqué un taxi, lloviznaba; di vueltas por aquella ciudad sin otro rumbo que el que me marcaba la tristeza ©